

https://www.bbc.com/news/articles/c5ye63grvyko?at_campaign_type=owned&at_medium=emails&at_objective=awareness&at_ptr_type=email&at_ptr_name=salesforce&at_campaign=newsbriefing&at_email_send_date=20250121&at_send_id=4267558&at_link_title=https%3a%2f%2fwww.bbc.com%2fnews%2farticles%2fc5ye63grvyko&at_bbc_team=crm

'EI INFIERNO EN LA TIERRA': SE AVECINA LA DEPORTACIÓN A CHINA DE LOS UIGURES DETENIDOS EN TAILANDIA

Hace 17 horas

21 Enero 2025



**Cabeza de
Jonathan**

**Corresponsal en el
sudeste asiático**

**Niluper y sus tres
hijos en Turquía**

Niluper dice que ha estado viviendo en agonía.

Es una refugiada uigur que ha pasado la última década esperando que su marido se una a ella y a sus tres hijos en Turquía, donde viven ahora.

La familia fue detenida en Tailandia en 2014 tras huir de la creciente represión en su ciudad natal, en la provincia china de Xinjiang. A ella y a los niños se les permitió salir de Tailandia un año después, pero su marido permaneció detenido junto con otros 47 hombres uigures.

Niluper –no es su verdadero nombre– ahora teme que ella y sus hijos no vuelvan a verlo nunca más.

Hace diez días, se enteró de que funcionarios tailandeses habían intentado persuadir a los detenidos para que firmaran formularios en los que consentían ser devueltos a China. Cuando se dieron cuenta de lo que contenían los formularios, se negaron a firmarlos. El gobierno tailandés ha negado tener planes inmediatos de expulsarlos, pero grupos de derechos humanos creen que podrían ser deportados en cualquier momento.

"No sé cómo explicarles esto a mis hijos", le dijo Niluper a la BBC en una videollamada desde Turquía. Sus hijos, dice, no dejan de preguntar por su padre. El más pequeño nunca lo ha conocido.

"No sé cómo digerir esto. Vivo con un dolor constante, con el miedo constante de que en cualquier momento pueda llegar desde Tailandia la noticia de que han deportado a mi marido".

'El infierno en la tierra'

La última vez que Tailandia deportó a solicitantes de asilo uigures fue en julio de 2015. Sin previo aviso, puso a 109 de ellos en un avión de regreso a China, lo que provocó una ola de protestas de gobiernos y grupos de derechos humanos.

Las pocas fotografías difundidas los muestran encapuchados y esposados, custodiados por numerosos agentes de policía chinos. Se sabe poco sobre lo que les ocurrió tras su regreso. Otros uigures deportados han recibido largas penas de prisión en juicios secretos.

El candidato a Secretario de Estado en la administración entrante de Trump, Marco Rubio, ha prometido presionar a Tailandia para que no envíe de regreso a los uigures restantes.

Sus condiciones de vida han sido descritas por un defensor de derechos humanos como "un infierno en la tierra".

Todos ellos se encuentran reclusos en el Centro de Detención de Inmigrantes (IDC) del centro de Bangkok, donde se encuentran la mayoría de los acusados de infringir las leyes de inmigración en Tailandia. Algunos permanecen allí sólo brevemente, mientras esperan ser deportados; otros permanecen allí durante mucho más tiempo.

Conduciendo por la estrecha y congestionada carretera conocida como Suan Phlu es fácil pasar por alto el anodino grupo de edificios de cemento, y resulta difícil creer que albergan a unos 900 detenidos (las autoridades tailandesas no dan cifras precisas).

Se sabe que el IDC es caluroso, está abarrotado de gente y es insalubre. A los periodistas no se les permite entrar. Los abogados suelen advertir a sus clientes que eviten ser enviados allí en la medida de lo posible.



Imágenes Getty

El centro de detención de inmigrantes de Bangkok ha sido descrito por grupos de derechos humanos como "el infierno en la tierra".

Allí hay 43 uigures, además de otros

cinco que están detenidos en una prisión de Bangkok por intentar escapar. Son los últimos de los cerca de 350 que huyeron de China entre 2013 y 2014.

Los mantienen aislados de los demás reclusos y rara vez se les permite recibir visitas de extraños o abogados. Tienen pocas oportunidades de hacer ejercicio o incluso de ver la luz del día. No se les ha acusado de ningún delito, aparte de entrar en Tailandia sin visado. Cinco uigures han muerto bajo custodia.

"Las condiciones allí son espantosas", dice Chalida Tajaroensuk, directora de la People's Empowerment Foundation, una ONG que intenta ayudar a los uigures.

"No hay suficiente comida, la mayoría de las veces se trata de sopa hecha con pepino y huesos de pollo. La gente se amontona en el lugar. El agua que reciben, tanto para beber como para lavarse, está sucia. Solo se les proporcionan medicamentos básicos y estos son insuficientes. Si alguien enferma, tarda mucho en conseguir una cita con el médico. Y debido al agua sucia, el clima cálido y la mala ventilación, muchos uigures sufren erupciones u otros problemas de piel".

Pero lo peor de su detención, dicen quienes lo han vivido, es no saber cuánto tiempo estarán presos en Tailandia y el miedo constante de ser enviados de vuelta a China.

Niluper dice que siempre hubo rumores sobre la deportación, pero que era difícil averiguar más. Escapar fue difícil porque tenían niños con ellos.

"Fue horrible. Estábamos muy asustados todo el tiempo", recuerda Niluper.

"Cuando pensamos en que nos enviaran de regreso a China, hubiéramos preferido morir en Tailandia".

La ONU y los grupos de derechos humanos han documentado ampliamente la represión de los uigures musulmanes por parte de China. Se cree que hasta un millón de uigures han sido detenidos en campos de reeducación, en lo que los defensores de los derechos humanos califican de campaña estatal para erradicar la identidad y la cultura uigures. Hay muchas denuncias de tortura y desapariciones forzadas, que China niega. Afirma que ha estado dirigiendo "centros vocacionales" centrados en desradicalizar a los uigures.

Niluper dice que ella y su marido se enfrentaron a la hostilidad de los funcionarios estatales chinos debido a su religiosidad: su marido era un ávido lector de textos religiosos.

La pareja tomó la decisión de huir cuando personas que conocían estaban siendo detenidas o desapareciendo. La familia formaba parte de un grupo de 220 uigures que fueron capturados por la policía tailandesa cuando intentaban cruzar la frontera con Malasia en marzo de 2014.

Imágenes Gett y

Miembros de la minoría musulmana uigur presentan fotografías de sus familiares detenidos en China durante una conferencia de prensa en Estambul en 2022

Niluper fue retenida en un centro de detención de inmigrantes cerca de



la frontera, y luego en Bangkok, hasta que, en junio de 2015, junto con otras 170 mujeres y niños, se le permitió viajar a Turquía, país que habitualmente ofrece asilo a los uigures.

Pero su marido sigue en el centro de detención de inmigrantes de Bangkok. Estaban separados cuando los detuvieron y ella no ha tenido contacto con él desde un breve encuentro que se les permitió mantener en julio de 2014.

Ella cuenta que era una de las 18 mujeres embarazadas y 25 niños hacinados en una habitación de apenas cuatro por ocho metros. La comida era "mala y nunca había suficiente para todos".

"Yo fui la última en dar a luz, a media noche, en el baño. Al día siguiente el guardia vio que mi estado y el de mi bebé no era bueno, así que nos llevaron al hospital".

Niluper también fue separada de su hijo mayor, que tenía apenas dos años en ese momento y estaba recluido con su padre, una experiencia que, según ella, lo traumatizó, después de experimentar "condiciones terribles" y presenciar cómo un guardia golpeaba a un recluso. Cuando los guardias lo llevaron de vuelta con ella, dice, él no la reconoció.

"Estaba muy asustado, gritaba y lloraba. No entendía lo que había pasado. No quería hablar con nadie".

Pasó mucho tiempo hasta que aceptó a su madre, dice, y después de eso no la dejó ni un momento, incluso después de haber llegado a Turquía.

"Le llevó muchísimo tiempo comprender que finalmente estaba en un lugar seguro".

Presión de Pekín

Tailandia nunca ha explicado por qué no permite que los uigures restantes se reúnan con sus familias en Turquía, pero es casi seguro que se debe a la presión de China.

A diferencia de otros reclusos del IDC, el destino de los uigures no lo maneja el Departamento de Inmigración, sino el Consejo de Seguridad Nacional de Tailandia, un organismo presidido por el primer ministro en el que los militares tienen una influencia significativa.



Imágenes Getty

Detenidos extranjeros en el CDI el 21 de enero de 2019, durante una visita poco habitual organizada por las autoridades para periodistas

A medida que la influencia de Estados Unidos, el aliado militar más antiguo de Tailandia, se debilita, la de China ha ido aumentando de forma constante. El actual gobierno tailandés está deseoso de estrechar aún más los lazos con China para ayudar a reactivar la tambaleante economía.

La Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados ha sido acusada de hacer poco para ayudar a los uigures, pero afirma que no tiene acceso a ellos, por lo que no puede hacer gran cosa. Tailandia no reconoce el estatus de refugiado.

Sin embargo, acceder al deseo de China de recuperar a los uigures no está exento de riesgos. Tailandia acaba de conseguir un asiento en el Consejo de Derechos Humanos de la ONU, por lo que ha ejercido una intensa presión.

Deportar a 48 hombres que ya han soportado más de una década de encarcelamiento empañaría gravemente la imagen que el gobierno tailandés está tratando de proyectar.

Tailandia también tendrá presente lo que ocurrió apenas un mes después de la última deportación masiva en 2015.

El 17 de agosto de ese año, una potente bomba explotó en un santuario de Bangkok muy popular entre los turistas chinos. Veinte personas murieron, en lo que se creyó que era una represalia de militantes uigures, aunque las autoridades tailandesas intentaron restar importancia al vínculo.

Dos hombres uigures fueron acusados de haber cometido el atentado, pero el juicio ha durado nueve años y no se vislumbra un final. Uno de ellos, según sus abogados, es casi seguro inocente. Un velo de secreto rodea el proceso; las autoridades parecen reacias a dejar que se conozca nada de las audiencias que vinculan la bomba con la deportación.

Imán Hassan

Hassan Imam llegó a Turquía, pero sólo después de escapar de la detención en Tailandia.



Incluso los uigures que lograron llegar a Turquía deben lidiar con su estatus incierto allí y con la interrupción de toda comunicación con sus familias en Xinjiang. "Hace 10 años que no escucho la voz de mi madre", dice Hasan Imam, un refugiado uigur que ahora trabaja como camionero en Turquía.

Estaba en el mismo grupo que Niluper capturado en la frontera de Malasia en 2014.

Recuerda que al año siguiente las autoridades tailandesas les engañaron sobre su plan de deportar a algunos de ellos a China. Dice que les dijeron que algunos hombres serían trasladados a otro centro porque en el que estaban había demasiado gente.

Esto ocurrió después de que algunas mujeres y niños fueran enviados a Turquía y, excepcionalmente, a los hombres del campamento también se les permitió hablar con sus esposas e hijos en Turquía por teléfono.

"Estábamos todos contentos y llenos de esperanza", dice Hassan. "Los seleccionaron uno por uno. En ese momento no tenían ni idea de que los enviarían de vuelta a China. Fue más tarde, a través de un teléfono ilícito que teníamos, cuando nos enteramos desde Turquía de que los habían deportado".

Esto llenó de desesperación a los detenidos restantes, recuerda Hasan, y dos años después, cuando fue trasladado temporalmente a otro campo de detención, él y otros 19 lograron una notable huida, utilizando un clavo para hacer un agujero en una pared desmoronada.

Once fueron recapturados, pero Hasan logró cruzar la frontera boscosa hacia Malasia, y desde allí llegó a Turquía.

"No sé en qué condiciones se encuentran mis padres, pero la situación de los que siguen detenidos en Tailandia es aún peor", afirma.

Tienen miedo de ser devueltos y encarcelados en China, y también temen que eso signifique un castigo más severo para sus familias, explica.

"La tensión mental para ellos es insoportable".